



Arturo debajo del vagón

Detrás de cada palabra está el caos, el escritor se proscribe y se prostituye, el que escribe debiera ser tratado como un malhechor, y de hecho así fue tratado (**Arcipreste, Cervantes, Quevedo** y mil más), pero el caso es que así como los lobos y los perros levantan la pata para mear y marcar territorio, así las personas siempre han grabado sus fantasías, desde Altamira, hasta hoy.

Qué manía la de este mono de dibujar corazones en los árboles o declaraciones de odio en caparazones de las tortugas. Lo más extraño es que ahora que tienen en internet un lienzo infinito, libre y gratuito, sin policías, sin censura, sin límites, sigan dejando su huella en fachadas y vagones. Pintadas hubo siempre, pero triunfaron en mayo, cuando descubrieron que arrancando adoquines se cambiaría el urbanismo y que

muralismo o la fachada como lienzo, han sido una de las estéticas de la subversión, pero no hay aullido, transgresión o vanguardia, heterodoxia o desobediencia que los galeristas y los gobernantes no conviertan en mercancía.

Me cuentan que las grandes multinacionales del arte invitan a las galerías y a las bienales a esos furtivos del aerosol y el aguarrás. Dame un grafitero y yo lo transformaré en un artista oficial. Pero no son de esos excelsos artistas que ya ensalzan los críticos, de los que habla **Arturo Pérez Reverte** en la extraordinaria novela *El francotirador paciente*. La otra noche cenamos con él en un chino, **Antonio Lucas** y yo, y salimos convencidos de que Entrevías es *territorio Comanche* y que los barrios de Madrid son otra vez una imprenta clandestina.

Arturo ha vuelto a ser corresponsal en la ciudad como campo de batalla. Se ha asobinado debajo de los vagones con esos *antisistema* callejeros que lanzan panfletos como si fueran bombas, aunque el extraordinario relato va más allá de la subversión. El libro refleja la necesidad del último hombre de ser reconocido. Ha perdido el tren y deja, por huevos, en algún lugar la frase, el dibujo porque se niega a ser un puto *nini*.

Y por eso escribe a dentelladas en el cierre metálico de una tienda. Buscan a *Sniper*, el francotirador legendario, invisible, y dejan su hálito en la organización de la rabia, al alba que encandila los ojos del hombre como los del zorro.

la poesía estaba en la calle.

Ahora, cada noche, en cada ciudad, miles de muchachos airados, sin billete de vuelta, con las caras tapadas, atraviesan las afueras para maldecirlas, para dejar su firma, su tag. Son los grafiteros. Desde **Diego Rivera**, el mexicano, a **Julián Pacheco** de Cuenca, el



ULISES